

Buscando el umbral perdido

Por Bernardo Nante

Abstract de la conferencia presentada en ERANOS, Agosto 2012

Quisiera comenzar, casi a modo de epígrafe, con un comentario extemporáneo. Pareciera que -desde cierto punto de vista- los escenarios contemporáneos de pérdida del umbral ofrecen dos grandes variantes. Por una parte, están las rígidas postergaciones, los umbrales infranqueables que tornan de la vida humana un proyecto imposible. Pienso en la obra de Kafka pero también en las alienaciones actuales más ultrajantes en donde crímenes de lesa humanidad, restricciones de la dignidad humana o destrucciones del medio ambiente son el resultado de pérdida de límites y/o de confinamientos asfixiantes en donde la falta de umbral se traduce en una gravísima deshumanización y destrucción de la vida. Por otra parte, pienso en otra variante de pérdida de umbral caracterizada por la mera banalización. Son los escenarios de la vida cotidiana propios del hombre promedio de la civilización contemporánea que vive – me corrijo, que vivimos – abiertos, en realidad, *perdidos* en redes ilimitadas de comunicaciones también ilimitadas. Me atrevo a decir que, si Kafka viviera hoy en esta sociedad sería un escritor costumbrista. ¿Cómo hacer para recobrar el umbral? Ésa es la cuestión que más me interesa porque, como intentaré mostrar, tiene que ver con un intento de respuesta al problema del mal. Y como los medios académicos y culturales no parecen estar exentos de esta pérdida de umbral, celebro que tratemos esta cuestión en Eranos, que es por definición un umbral del espíritu. Desde el punto de vista junguiano, el Trickster es un umbral o un recordatorio del umbral, alguien que sacude nuestra distracción e intenta despertar destacando paradojas o – para decirlo con Bergson – mecanicidades en nuestro modo de vivir. La pérdida del umbral es una distracción ontológica, es un no estar plenamente donde se está. Macedonio Fernández, uno de los maestros de Borges, extraordinario escritor y pensador olvidado, testimonio viviente de toda paradoja, debido a que faltó a una cena a la cual había sido invitado por Borges, le dice a éste: “Tienes que disculparme por no haber ido anoche. Soy tan distraído que iba para allá y en el camino me acuerdo de que me había quedado en casa” (*Papeles de Recienvenido* p. 90).

Si el umbral indica un modo de estar en el mundo, su pérdida, hoy, pone en evidencia nuestra desorientación ontológica. Tal desorientación se vincula a la desaparición del símbolo y de toda vida simbólica. Por este motivo, la pérdida del umbral no puede ser tratada como si fuera sólo un síntoma. Además, el umbral no se limita a ser sólo un símbolo: se trata más bien de un *topos* simbólico, desde el momento que cada símbolo se manifiesta y es co-creado en el umbral.

Para decirlo metafóricamente o, acaso, simbólicamente, el hombre contemporáneo ha perdido la capacidad de vivir, de instalarse en la apertura de las auroras y de los crepúsculos. La aurora despierta todas las cosas, anuncia un himno védico. El nacimiento de la aurora es una imagen universal para referirse al surgimiento sutil,

vacilante y matizado de la luz oculta en la densa oscuridad de la noche. La aurora naciente (*aurora consurgens*) en el *Cantar de los Cantares* alude a la esposa de Salomón que se muestra como el alba; pasaje que San Bernardo comenta con la expresión *rara hora et parva mora* (rara hora y breve instante), *locus classicus* de larga resonancia en la mística de la alta Edad Media para aludir a esa rara hora u “hora de oro” ; breve momento en donde la consciencia humana entra en contacto con la sabiduría de Dios. En su comentario a la *Aurora Consurgens*, texto de alquimia latina atribuido a Tomás de Aquino, Marie Louise von Franz señala: “Psicológicamente este símbolo de la aurora denota una percepción acrecentada de la luminosidad de lo inconsciente. Ella no es como el sol, una luz concentrada, sino un estado difuso en el horizonte, es decir en el umbral de la consciencia.”

Nuestro propósito no consiste en detenernos en la descripción o en el análisis de la *pérdida* del umbral ni en las consecuencias éticas, sociales, políticas que ello conlleva, aunque tales cuestiones fundamentales estarán implícitas en nuestra exposición. Intentamos, en cambio, ubicarnos en un lugar previo a la “pérdida”, pero a la vez inclusivo de todas sus consecuencias, es decir, nos preguntamos por el significado ontológico del umbral para la vida humana individual y colectiva. ¿Qué es en definitiva aquello que se pierde? ¿Por qué es tan relevante? Si nos escandalizamos ante la pérdida del umbral y, más aún, ante la anestesia de su pérdida, es porque consideramos que el umbral hace a nuestro modo de estar en el mundo. Por otra parte, acaso sólo comprendiendo aquello que se pierde en su dimensión más profunda seremos capaces de avizorar la posibilidad de su recuperación.

Puede verse la pérdida del umbral como el mero síntoma de una enfermedad psicológica, antropológica, ontológica individual y social, cuyas consecuencias gravísimas se advierten en la inestabilidad espiritual de hombres y comunidades. Pero si el umbral como tal se concibe como un símbolo (en sentido junguiano), su pérdida es de mayor gravedad aún, pues - amén de sus consecuencias más visibles y meramente sintomáticas -, responde a una desorientación ontológica. Pero hay más, pues en realidad el umbral, amén de ser por sí mismo un símbolo, como podremos ver, es una propiedad esencial de todo símbolo. La pérdida del umbral nos habla de la pérdida del símbolo como tal porque el símbolo es *per se* (para decirlo desde Durand y Corbin) epifanía de lo sagrado. Comprender el umbral como símbolo es un modo de comprender al símbolo como umbral.

La pérdida del umbral, como – espero – surgirá de esta misma exposición, forma parte o, si se quiere, alienta una pérdida aún más grave; para decirlo en términos junguianos, la de un mito viviente que de cuenta del mal. Retomando a Umberto Galimberti los vicios contemporáneos (o el modo contemporáneo de ciertos vicios) se presentan no tanto como un desvío respecto de una virtud, sino como una disolución, en definitiva, como una pérdida de identidad. Desde el punto de vista junguiano, puede afirmarse que la sombra requiere de una moralidad, es decir, de una delimitación inicial – aunque sea arbitraria – que permita distinguir lo bueno de lo malo, de modo tal que su tensión invite a rever los criterios valorativos. Por cierto, como es evidente, ello supone una

consciencia más profunda que la meramente moral, una consciencia capaz de ubicarse en algún grado en una perspectiva que no se identifica ni con este lado (el “moral”) ni con el otro (la “sombra”). Pero en el contexto de una cultura en donde numerosas prácticas cotidianas diluyen el umbral se enfatiza la banalización, que consiste en una igualación valorativa de tales prácticas.

El umbral reducido a una cuestión política, ética o sociológica hace que lo “Otro”, aquello que está del otro lado del umbral se limite a lo que se excluye de la esfera de lo aceptado y no a un misterio.
